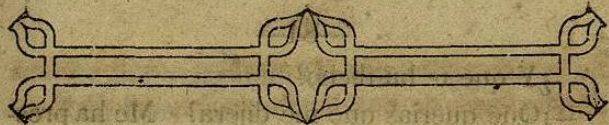


no se arrepintió; por el contrario, estaba ufana de ella como de una buena acción.

¡No era, en efecto, una buena acción? y la prueba es, que durante todo aquel día Antonina estuvo mas contenta que nunca.

¡Dichosa edad esa en que el corazón experimenta en un momento tristezas y alegrías sin motivo!.... Parece, á esos días de Primavera, que comienzan con lluvia y al fin de los cuales las jóvenes pueden correr por los trigales como si en un año hubiera llovido.



CAPITULO IX.

NICHETTE.

Durante este tiempo, Gustavo habia venido á casa de Edmundo, y no encontró mas que la carta que éste le habia dejado.

¡Vamos! se dijo á sí mismo Daumont, estaba destinado que así habia de suceder, y se puso á aguardar á su amigo.

Al cabo de poco tiempo volvió Edmundo con el aire mas placentero del mundo, restregando entre sus manos la receta del señor Devaux, que ni aun siquiera habia leído.

—Por fin.... le dijo bruscamente Gustavo al verlo, y sin poder disimular la inquietud en que lo tenia sumergido aquella visita que habia tratado de impedir.

—¡Por fin, qué? exclamó Edmundo riéndose; tienes un aspecto de azorado. . .

—¡Has visto al señor Devaux? continuó Gustavo tranquilizado con el acento de su amigo.

—Naturalmente, pues fui con este objeto.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Qué querías que me dijera? Me ha prescrito este método.

Gustavo se precipitó sobre el papel que le presentaba Edmundo, y lo leyó. Contenia un régimen tal como se prescribe para todas las enfermedades sin gravedad.

Gustavo sintió que un peso inmenso se le quitaba del corazón.

—Vamos á almorzar, le dijo; tu madre nos espera.

—Vamos, ¿pero qué tenías que decirme, que con tanto ahínco me recomendabas no saliera antes de haberte visto?

Gustavo se hallaba perplejo.

—Quería convidarte á comer, dijo por último.

—¿Adónde?

—En casa de Nichette.

—¿Hoy?

—Hoy mismo.

—Pues acepto con muchísimo gusto. ¿Es esto todo?

—Sí.

—Comeremos con tu linda Nichette.

—Entonces, tan luego como acabemos de almorzar, la iré á anunciar que puede contar con nosotros.

Los dos jóvenes se dirigieron hácia el aposento de la señora de Péreux.

—Por fin, ¿va á casa del señor Devaux, preguntó en voz baja la madre á Gustavo?

—Ya fué, respondió Daumont.

—Oh! Dios mio...!

—Tranquílcese vd., señora; Edmundo nada tiene que temer.

—¿Qué le ha dicho el Doctor?

—Le ha mandado manjares bien condimentadas y vino de Burdeos; dijo Gustavo sonriéndose; remedio de hombre que no sabe qué recetar.

—¡Gracias, amigo mio, murmuró la señora de Péreux estrechando la mano de Gustavo.

—¿Qué están vdes. charlando de esa manera? exclamó Edmundo á quien no se habia escapado el coloquio de su madre y su amigo. ¿No te parece, madre mia, que Gustavo tiene hoy un aspecto singular?

—Preguntaba á tu madre, contestó Gustavo, si no la molestaria que te llevase á comer conmigo?

—Y yo respondia á Gustavo, que nada que te cause placer puede molestarme, añadió la señora de Péreux tomando la cabeza de su hijo y dándole un espresivo beso en la frente.

Podia hablarse sin temor de la visita que Edmundo habia hecho al señor Devaux, pues que todos los ánimos se habian tranquilizado, y la madre misma rogó á su hijo le refiriera todo; lo que él hizo inmediatamente. ¡Tanto placer así experimentaba en hablar de lo que atañia á Antonina!

Después del almuerzo, Gustavo dejó á la madre y al hijo, y corrió á casa de Nichette, á quien halló, como siempre, trabajando junto á la ventana.

—Edmundo comerá con nosotros hoy aquí, la dijo Gustavo al entrar.

—¿Por qué no me has avisado mas pronto? dijo Nichette con un lindo mohín; va á comer muy mal.

—No te inquietes por nada, respondió Gustavo besando las dos frescas megillas de la modista: voy á enviarte la comida. A tí no te toca mas que proveernos de los vasos, los manteles, las servilletas y la vagilla. . . . Todo esto lo posees, ¿no es cierto?

—¿Acaso no tengo todo y aun mas de lo que necesito? murmuró la linda jóven abrazando á su vez á Gustavo. ¿No soy, gracias á tí, la muger mas dichosa del mundo?

Cualquiera que hubiera querido contemplar el espectáculo de un amor juvenil, franco, dichoso, independiente, no hubiera tenido mas que entreabrir la puerta del aposento de Nichette un momento y mirarla enlazando con sus dos brazos blancos y torneados, el cuello del hombre que amaba.

—¿Es decir, que á las seis de la tarde todo estará dispuesto? . . . preguntó Gustavo yéndose.

—No tengas cuidado, respondió Nichette; pero envia pronto lo que has de enviar.

Gustavo salió, y cuando hubo llegado á la calle, se volvió y miró la cabecita rubia de su querida, que se sonreía á través de las flores de que se hallaba adornada su ventana.

Entró en casa de un mercader de comestibles, y contrató todo lo que necesitaba.

A las cinco fué por Edmundo, á quien encontró leyendo á su madre el libro que ésta le habia encargado la víspera; algunos momentos después los dos jóvenes salieron, y se encaminaron hácia la calle Godot.

La comida estaba ya dispuesta en el aposento de Nichette.

El tiempo estaba magnífico; por la ventana entreabierta penetraban los rayos muribundos del sol, que teñían de oro el blanco mantel de la mesa, y hacían relucir los vasos de cristal.

Todo al rededor de los tres jóvenes era sencillo, pero alegre; modesto pero encantador, y un perfume de juventud, de primavera, de amor y de felicidad inundaba aquella pequeña mansión.

Pero, me preguntareis, Gustavo era rico y amaba á Nichette, ¿por qué la dejaba entonces en el pequeño aposento en que la habia conocido, en vez de darla otro mejor y mas grande, que conviniera con su fortuna y sus costumbres?

A lo cual yo responderé, que precisamente porque era rico, porque amaba á su querida y ésta lo adoraba á él, era por lo que Gustavo la

habia dejado en donde la habia conocido, rodeándola, sin embargo, de todo el lujo de las cosas necesarias.

Así, pues, en su humilde habitacion de trescientos francos al año, Nichette tenia lo que muchas mugeres no tienen en medio de sus suntuosas moradas: nunca la faltaba el dinero, si bien es cierto que sus gastos eran tan sencillos que gastaba muy poco: ademas, tenia una verdadera profusion de ropa blanca y de trages que ella misma se hacia y que no por esto le sentaban mal. Si no poseía muchas alhajas, era porque no habia querido tenerlas; y si, finalmente, trabajaba todavía, era porque por un cálculo nacido de su corazon, habia querido trabajar siempre.

Ciertamente Gustavo habia deseado, y esto desde el momento en que llegó á ser su amante, hacer mudar á otra casa á Nichette, substituir los muebles de madera de rosa á los de pino y nogal; las cachemiras de India á los chales de merino, y la pereza al trabajo; pero Nichette nunca quiso consentir en este cambio, y dijo á Gustavo:

—Si me amas por mí sola, ámame aquí... Déjame no aceptar sino lo que no pueda rehusar y lo que con tus costumbres de lujo y de bienestar tienes necesidad de encontrar por donde quiera que vayas. Yo soy dichosa aquí, y con muy poco tendré todo lo que me hace fal-

ta. En este humilde aposento yo soy tu querida; en otro donde hubieras gastado mucho dinero, no seria mas que una muger mal entretenida.... Ven á verme todos los días, esto es lo que únicamente te pido, y concédeme la pequeña vanidad de decirme, que no ha sido por interés por lo que me he entregado á tí.

Gustavo comprendió los escrúpulos de Nichette y los aceptó con felicidad, porque ellos eran la mejor prueba de que su querida tenia un corazon digno de todos los buenos sentimientos y de todas las ideas generosas. No insistió, pues; pero habia querido que desde el dia en que ella le habia dicho lo que acabamos de referir, fuese, con relacion á sus deseos y necesidades, la muger mas dichosa de todo Paris, y lo era en efecto.

Si la hubieran vdes. visto por la mañana, despertarse alegre, gozosa, sonreirse ante el espejito de su chimenea, abrir su ventana, regar sus flores, vestirse, ligera como una mariposa, hacerse los rizos, porque su cabellera era el objeto de toda su coquetería; pasearse por todos los rincones de su aposento cantando, y concluir por sentarse en su silla y ponerse á trabajar, creerian haber visto un pájaro en su jaula!

Ademas de esto, Nichette leia; pero no leia lo que ordinariamente leen las grisetas. Nichette leia los buenos libros; bien que en este pun-

to era guiada por Gustavo, cuyo gusto era muy puro y delicado.

Cuando éste no iba á verla, ella pasaba las primeras horas de la noche leyendo, pero no podia leer sin comer alguna cosa. Continuamente mascaba bombones, y Gustavo tambien era quien tenia cuidado de proveer esta necesidad, de manera que era raro que viniese sin traer un alcataz de pastillas, de almendras ó de otras golosinas que formaban los vicios de Nichette. Miéntasmas la conmovia la lectura, mas comia: una vez se acabó una caja de frutas confitadas leyendo *las últimas cartas de Jacobo Ortiz*.

Nichette lo comprendia todo y de todo hablaba; y escribia, con una pésima ortografía, una carta hermosísima por su estilo y el sentimiento que revelaba. ¿Cuál era el destino de la griseta?—Ni ella misma lo sabia.

Lo que en todo esto habia de cierto para ella, era, que Gustavo tenia un noble corazon; que ella lo amaba con toda su alma, y que lo demas del mundo nada le importaba. Para ella, el porvenir consistia en la hora en que Gustavo debia venir á verla.

Nichette no tenia ni padre, ni madre, ni familia: todos sus parientes habian muerto cuando ella era niña, y se hallaba en aprendizaje en casa de una modista, quien compadecida, la habia recogido en su casa, y la habia elevado hasta el rango de primera oficiala.

Peró, sin embargo, un dia Nichette habia deseado ser libre: tomó un humilde aposento por su cuenta, y desde aquel momento ya no se la volvió á ver sola en el teatro.

Si se hubiera investigado, tal vez se habria hallado en algun café del *barrio latino* uno que otro estudiante que hubiera podido dar noticias exactas sobre la vida de Nichette en aquella época; pero ella olvidaba lo pasado, ó á lo ménos hacia cuanto estaba de su parte por olvidarlo desde que amaba á Gustavo.... ¡Y por cierto, que no tenia la culpa la pobre niña de que Gustavo no la hubiera encontrado mas pronto!

Por otra parte, nunca él la habia preguntado ni lo que ántes hiciera, porque lo pasado no le correspondia, ni lo que hacia, porque estaba seguro de lo presente.

Tampoco él se ocupaba mas que ella del porvenir. Sin embargo, cuando le acontecia pensar en las probabilidades, se decia:

—No abandonaré á Nichette sino cuando me case.... Y si me llevo á casar, la crearé una posicion que pueda hacerla para siempre independiente.

Aquellos dos seres se amaban, pues, sin celos, sin pesares, sin conmociones, sin temores, con naturalidad, con confianza, con placer, con juventud, si nos es permitido espresarnos de esta manera.

Algo de respeto y de reconocimiento habia

en la afeción que Nichette profesaba á Gustavo; algo de dulce proteccion y una justa variedad en el sentimiento que éste experimentaba por su querida: ella se decia que habia sido muy afortunada con encontrar un carácter tan noble; él pensaba que era una positiva felicidad haber colocado tan bien su corazon.

Gustavo habria querido que Edmundo encontrase una muchacha como Nichette, y Edmundo lo hubiera deseado mucho tambien; pero es muy difícil encontrar, á lo ménos en una misma época, dos naturalezas tan francas y nobles como la de nuestra modista, sobre todo, en una misma clase de la sociedad.

He aquí por qué era en un aposento tan modesto donde la querida de Daumont recibia á su amigo.

Nichette tenia la tarde de que hablamos, un traje de muselina azul, fina y trasparente como el ala de una *catarina*. El corsé estaba hecho al modo de los vestidos de en tiempo de Luis XV, y las mangas se detenian formando pliegues en el codo, de tal manera, que podia admirarse la blancura brillante del pecho y de los brazos de la hermosa niña. Sobre su cabeza se hallaba una de esas fallitas que varias ocasiones hemos mencionado, y en el cuello tenia la cinta de terciopelo tradicional.

—Buenas tardes, Edmundo, exclamó ella saltando á los brazos de nuestro héroe y abrazándolo.

—Buenas tardes, loquita... ¿conque nos da vd. de comer hoy?

—Y una famosa comida ¡que no es nada! ¡Tendria para comer yo sola durante ocho dias!

—¿Haz hecho lo que te encargué? preguntó Gustavo.

—¿Dos costillas asadas, para Edmundo? sí.

—¿Para qué son dos costillas? preguntó Péreux riendo.

—Porque estás condenado á los manjares bien condimentados, á las carnes asadas... Ya ves cómo observo el método de tu médico, que tan pronto hechas en olvido.

—¿Está Edmundo enfermo? dijo con interes Nichette.

—No, respondió Gustavo; esto tiene relacion con una historia que le ha acontecido; y prometo hacerle comer bastantes carnes asadas, á fin de recordársela en caso de que la olvidara...

—¿Ya me contarás esa historia?

—Cuando estemos en la mesa.

—Sentémonos entónces; todo está ahí.

En efecto, al lado de los tres convidados habia otra mesa pequeña cubierta de manjares, de platos, de botellas, y de todo aquello, en fin, que es necesario tener á la mano para no molestarse cuando se come sin criado que sirva la mesa.

—Veamos, dijo Nichette, cuando todos hubieron empezado á comer; ya escucho la historia.

Edmundo refirió punto por punto su aventura con Antonina.

—Oh! eso es muy sentimental! exclamó la modista.

—Sí, repuso Edmundo; pero me desanima ya, y en vano me pregunto qué haré para volver á ver á Antonina.

—Sin embargo, eso es cosa muy fácil, tiene vd. modo de entrar á su casa; vaya vd. hasta que logre encontrarla.

—Pero, si logro verla, ¿no será siempre sino delante de alguno?

—Y eso ¿qué importa? En defecto de la boca, ¿no hay ojos?... Cuando las miradas del uno y de la otra les hayan revelado á vdes. que se aman mutuamente... ¡entonces... se lo dirán vdes. con la boca, á pesar del mundo entero.

—Desgraciadamente, mi querida Nichette, exclamó Gustavo, te equivocas, figurándote que la señorita Antonina es libre como tú lo eres. Aun admitiendo que ella y Edmundo se amen, que lleguen á confesárselo, habrá siempre un padre entre sus amores.

—Pues bien, si Edmundo está enamorado, pedirá la mano de la señorita Antonina á ese padre, porque Edmundo es muy sentimental y demasiado honrado para tener amores de escala de cuerda y capa color de noche oscura.... tanto más cuanto que, si esto es fácil en España, no es muy cómodo que digamos en Francia. Ed-

mundo, el virtuoso Edmundo, no debe amar sino con buenas intenciones!

—Tiene razon Nichette, dijo Péreux con una ligera sonrisa; pero por lo mismo que soy sentimental, quisiera que precediese un poco de amor á este casamiento. Me daría horror casarme como todo el mundo lo hace, entre un escribano y una dote. Ya sé muy bien que es necesario llegar á ese punto; pero querria, para tocarlo, un camino mas original y mas nuevo que el que todos siguen.

—En fin, una segunda edicion de *Pablo y Virginia*, exclamó la modista con un tono amable de burla.

—Precisamente, señora literata, repuso Edmundo sonriéndose tambien; mas con la excepcion del naufragio del *Saint-Géran*....

—Pardiez! yo soy muger, dijo Nichette; y por mas que diga Gustavo, que aparenta creer que una griseta no puede comprender el corazon de una señorita de buena sociedad, si vd. quiere, Edmundo, yo le daré útiles consejos, porque creo, al contrario, que todas las mugeres se parecen por el corazon.... se entiende cuando lo tienen.

—Acepto los consejos de vd., mi buena Nichette, contestó Edmundo, besándola una mano; porque cualquier corazon de muger, sea cual fuere, no puede ser mejor que el de vd.

—Sea en buena hora: ¡ya lo oyes, Gustavo?

—Y lo apruebo, replicó Daumont.

—¡Pues bien, linda Nichette! ahora que ya sabe vd. el estado que guardan las cosas, ¿qué me aconseja que haga?

—¿Qué día es hoy? preguntó la jóven.

—Es sábado.

—Entonces... volvió á decir Nichette.

—Entonces ¿qué?

—¿No adivina vd?

—No!

—Mañana es domingo.

—Sí.

—¿Y que hacen las jóvenes, como la señorita Antonina, los domingos?

—¿Lo sé yo acaso?

—Pues van á misa. ¿Y dónde, en todas las novelas del mundo se ve, que los enamorados encuentran á sus amadas?—en la iglesia. Pues bien, mi querido Edmundo, vaya vd. mañana temprano á la iglesia de Santo Tomas de Aquino, que es la mas cercana á la calle de Lille, y sin duda ninguna verá vd. ahí á la señorita Antonina, quien comprenderá inmediatamente que si vd. ha venido á rogarle á Dios, es para pedirle que ella ame á vd.... Vaya vd. todos los domingos á la iglesia, y cuando vd. vuelva á casa del señor Devaux, su hija habrá tenido el tiempo de pensar en vd. y de pensar como se piensa en un hombre de su edad de vd., de su aspecto, y que tiene esos ojos; de tal manera que

el dia en que vd. la llegue á hablar, hará tiempo que ya haya adivinado lo que vd. tenga que decirle. Y luego... Nichette se detuvo. ¿No continúa vd. ...? la dijo Edmundo.

—Si vd. percibiera que no amaba á la señorita Antonina, tan completa, tan rendidamente como lo merece, ¿qué haria? replicó Nichette, quien, al pronunciar estas palabras, se conocia evidentemente que no seguia el hilo de su pensamiento.

—No volveria nunca á casa de su padre.

—¿Me lo promete vd?

—Lo prometo. Pero ¿para qué indicar esta promesa?

—Es que vd. podria haber querido por vanidad lo que no debe quererse sino por amor, y hacer, sin amar á esa jovencita, todo lo posible para llegar á ser su amante. Eso seria muy mal hecho, Edmundo, porque era toda su vida la que vd. sacrificaba á su capricho...

—No tenga vd. cuidado, Nichette; soy hombre de honor, para cometer esa villana accion.

—Entonces ha conquistado vd. toda mi proteccion; porque ya comprenderá vd. que no quiero servir sino á amores honrados, contestó riéndose.

—¿Dice vd. que puede servirme?

—Si por cierto.

—Cómo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

50. 1625 MONTERREY, MEXICO

—La señorita Antonina usa sombrerillos y fallitas de encaje, ¿no es esto?

—Naturalmente.

—Pues entónces, ya verá vd. si la modista Nichette le será ó no á vd. un grande auxilio, y si no tendrá vd. que dárla mas tarde rendidas y espresivas gracias por lo que va á hacer.



CAPITULO X.

LA CARTA DE ANTONINA.

En verdad, cuando se reflexiona en ello, que era necesario ser lo que era Antonina, es decir, la mas casta, la mas noble, la mas candorosa niña del mundo, para escribir así á un desconocido, la carta que ella acababa de escribir á Edmundo, se necesitaba desde luego suponer que Edmundo pudiera estar, por un misterio simpático, iniciado en todos los pensamientos que desde por la mañana habian asaltado á la jóven, y en la revelacion que su padre le habia hecho sobre su enfermedad; era necesario, en fin, admitir un imposible.

Ella habia escrito aquella carta, ó mejor dicho aquel renglon, sin calcularlo, y solo como una necesidad de los pensamientos que hervian en su cabeza. Aquello era, pues, mas que candor; era una niñería en toda la acepcion de la palabra.

Pero, desgraciadamente aquella niñería podia tener muchas consecuencias que la señorita Devaux no habia previsto.